vado aquel grande orador en su acusacion contra Timocra-tes. Oigámosla:

«Daré mi voto conforme á las leyes y decretos del pueblo de Athenas y del Senado de los Quinientos. No favorece-ré la tiranía, ni la oligarquía, ni nada que atente al gobier-no popular. No consentiré ni la extincion arbitraria de deudas, ni el repartimiento de tierras ni de casas. No indul-taré ningun condenado á muerte. No proscribiré ni permiti-ré que se proscriba á ningun ciudadano contra las leyes y decretos del pueblo y del Senado. No sufriré que ningun funcionario, archonte ú otro, pase á desempeñar una segun-da magistratura, sin haber dado cuenta de la primera, ni que sea reemplazado por otro, ni que ejerza dos á la vez. No recibiré don ni presente alguno por administrar justi-cia, ni los recibiré por mí ningun otro, con mi conocimien-to, directa ni indirectamente, bajo ningun pretexto, ó por cualquier medio que sea. Tengo treinta años de edad. Es-cucharé con la misma imparcialidad la acusacion que la de-fensa, y pronunciaré mi juicio de buena fé en la causa pre-sente. Lo juro por Júpiter, Neptuno y Ceres. Que los dioses me abatan y confundan á mí y á los míos si faltare á mis juramentos. Y si á ellos soy fiel, que me protejan, y á mí y á mi familia nos colmen de prosperidades.»

Prestado este juramento, los jueces—*dicastas* ó *heliastas*—tomaban el nombre griego de *omomocotes*, ó sea jurados.

IX. Nuestros jurisconsultos á lo Escriche son bastante sinceros é ilustrados para no negar la existencia del jurado en los buenos tiempos de Roma. No dirán buenos tiempos, esto no: los llamarán bárbaros *vel quasi*; pero no negarán que el sabio Edicto del Pretor mejoró y perfeccionó el pro-cedimiento y el juicio por jurados, así en lo civil como en lo criminal.

X. Tampoco han negado el testimonio fehaciente de Tácito, y han convenido en que los pueblos germánicos juzga-ban en asambleas, por la conciencia pública. Pero ¡ah! que los godos no procedian de tronco germánico nos dice el ju-risconsulto antes nombrado. En su apoyo los Sres. Nandin y Pacheco nos dicen que los godos, como más sabios, nos